

# Caro Claire Burke

Yesteryear



AdN

**Caro**  
**Claire Burke**  
Yesteryear

Traducido del inglés por  
Mar García Puig

**AdN**

Título original: *Yesteryear*

Primera edición: mayo de 2026

Ilustración de cubierta: Jesús Aguado

Diseño de cubierta: Paco Reyes

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2026 by Caro Claire Burke

© De la traducción: Mar García Puig, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 979-13-87596-41-5

Depósito legal: M. 5893-2026

Printed in Spain

Parte I  
El pasado



Este es el último día de la vida que imaginé para mí.

Me desperté dos minutos antes de que sonara el despertador, como de costumbre. 5:58 y *pum*: ojos bien abiertos, lista para saludar el día. Nunca me ha costado levantarme por las mañanas. Tampoco he usado el botón de posponer ni una sola vez. La sobriedad ayuda. No bebo. La disciplina también. Nací con mucha disciplina, prácticamente reboso de ella. Por eso, creo, nunca he tenido demasiados problemas en la vida. Ni la maternidad, ni el matrimonio, ni hacer crecer un negocio, ni servirle a Él. Todo esto me parecía una serie de tareas que hay que realizar cada día, en el momento adecuado, en el orden correcto. Sé que no es tan fácil para otras personas, pero para mí sí lo es.

Por eso les caía tan bien a todos esos desconocidos.

Eso y el dinero. El dinero claramente también ayudó.

Era invierno. Enero. Un frente frío acababa de soplar a través del paso. Junto a la ventana de mi habitación, el calefactor soltaba aire caliente. El cielo estaba negro como la muerte, y así seguiría durante horas. Nuestra granja estaba enclavada entre dos cadenas montañosas de Idaho, lo que significaba que en los meses de invierno no veíamos el sol hasta las nueve o así. Estábamos a ocho kilómetros de un largo y sinuoso camino rural de grava. Ni siquiera sobrevolaban aviones.

En la oscuridad escuchaba los mugidos lejanos de Sassafras, nuestra querida vaca lechera. Por el tono y el registro de sus gemidos, sabía que mi marido, Caleb, la estaba ordeñando. Justo a tiempo. Era un buen tipo.

Mi marido no era disciplinado antes de conocerme. Era el menor de cinco hermanos, el pequeño de la camada de una típica dinastía americana. Su padre era el último senador de una larga estirpe de senadores de Estados Unidos, y ahora trataba a toda velocidad de triunfar en una candidatura presidencial (¡a la tercera va la vencida!).

Su madre era una ama de casa que había pasado la mayor parte de su vida ahogándose en Chardonnay. Juntos, gracias a una combinación casi fatal de negligencia paterna y simpatía materna, habían criado a Caleb para que fuera tierno, mimado y dulce. Pero lo único más valioso que una persona dotada generosamente por Dios es una persona dispuesta a aprender, y mi marido, *ese hombre*, estaba dispuesto a aprender.

¿Y quién era yo?

Una mujer cristiana impecable. La *manic pixie girl* del sueño americano, que colmaba las fantasías más profundas y oscuras de esta nación. La madre que toda mujer quería ser y la esposa que todo hombre quería tener esperándolo en casa. Como una monja en una película porno, no tenía ningún sentido, pero ¡por Dios!, funcionaba.

Me llamo Natalie Heller Mills y era perfecta en el arte de vivir. En los silencios entre los gemidos de placer casi humanos de Sassafras (a veces bromeaba en internet y decía que mi marido tenía una amante bovina, ¡ja, ja!), oía el lejano parloteo del gallinero, ese cocococococ meditativo que servía de máquina de ruido blanco de nuestra granja. Me encantaban nuestras gallinas. Eran tan domésticas como los perros, tan inofensivas como los niños pequeños. A veces iba al gallinero solo para sentarme con ellas. Me gustaba acariciar sus cuellos se-

dosos, dejar que picotearan suavemente el pienso de las palmas de mis manos.

Pronto las mataríamos. En la oscuridad, se me hizo la boca agua. Últimamente anhelaba el caldo de hueso fresco. Cuando ya has probado el cocinado en casa, el de la tienda sabe rancio.

A través de la rendija abierta de la puerta de mi habitación, se oyó una carcajada infantil. Los niños estaban desayunando en el salón. Cerré los ojos y sentí el ritmo de la casa como un latido. Nana Louise —*una bendición para la familia*— estaba en la cocina preparando tortitas. La productora Shannon —*mi mano derecha*—, de pie junto al fregadero, ponía a punto el equipo de vídeo para un largo día de trabajo. Stetson y Samuel —*mis adorados hombrecitos*— estaban sentados a la mesa, empujándose torpemente y agarrándose el uno al otro en igual medida. Clementine —*mi hija mayor, la niña que me hizo madre*— estaba en la cabecera de la mesa, ignorando a sus hermanos, leyendo un libro.

Nana Aimee —*nuestra segunda al mando*— se movía por los rincones más alejados de la casa, despertando a cada uno de los niños, besando los párpados somnolientos, dirigiendo a mis dos hijas pequeñas suavemente hacia el día. Llevaría a una a la cocina, se la entregaría a Nana Louise y volvería a por la otra.

Cerré los ojos y susurré mi agradecimiento diario al Señor por todo lo que me había dado.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por esta progenie. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson, Jessa, June y el angelito al que aún no hemos puesto nombre».

Mi mano se movió instintivamente hacia el estómago, posándose a la altura de la curva. Tenía treinta y dos años y estaba embarazada de seis meses de nuestro sexto hijo. Estaba siendo el embarazo más fácil hasta la fecha, aunque todos mis embarazos habían sido relativamente tranquilos. Nací para

ser madre. Nunca me sentí más conectada con Él que cuando tenía la tarea de gestar una de sus creaciones.

(¿Entiendes a lo que me refiero? Perfecto).

Bajo mi palma, mi niña rodó lentamente hacia un lado. Mi pequeña criatura marina. La quería tanto.

«Gracias por cuidar de los animales de la granja, Señor, y gracias por ayudarnos a superar los cinco millones en Instagram esta semana. Estamos a solo unas pocas almas de un millón en YouTube, Señor. Es por Tu voluntad, y solo por Tu voluntad, por lo que he llegado a tantos corazones y mentes. Es en Tu nombre que trabajo para difundir Tu verdad».

Una oleada de náuseas me sobrevoló y sufrí bajo su sombra. A veces me ponía enferma lo perfecta que era mi vida y lo bien que la vivía.

En la mesilla de noche, mi teléfono se despertó con una vibración. Me acerqué y lo silencié, luego me quité las sábanas de encima y me levanté.

No siempre habíamos tenido tanta ayuda. Los primeros años solo estábamos nosotros, los niños y la granja. Cuando me quedé embarazada de mi cuarto hijo, contratamos a Nana Louise. Al saber que venía un quinto, contraté a Nana Aimee y, poco después, a la productora Shannon. Lo que teníamos ahora, en términos de ayuda, era más que suficiente por el momento. Me permitía estar presente tanto con mis hijos como con mis seguidores, tal como quería, en diferentes momentos del día. Es lo que tiene ser madre, esposa e influenciar al mismo tiempo: es como dar el pecho a tres bebés a la vez. Como seducir a tres amantes a la vez.

—¿Por qué nunca muestra toda la ayuda que tiene entre bastidores?

—Queremos a nuestros empleados como si fueran de la familia, así que hacemos todo lo posible por proteger su inti-

*midad, tal y como nos han pedido. No me lo perdonaría si mis cuentas en redes sociales acabaran comprometiéndolos de alguna manera.*

Cuando entré en la cocina, la productora Shannon estaba en el rincón, jugueteando con un trípode, y mis cuatro hijos mayores desayunaban en la mesa, cada uno con un grueso jersey de lana. Nana Louise ayudaba a Jessa, nuestra hija de tres años y medio, a servirse zumo de naranja en el vaso.

—Puedo hacerlo yo sola —se quejaba Jessa.

Nana Louise, que también era la profesora de mis hijos, ya que estaban escolarizados en casa, asintió y dijo:

—Claro que puedes. Mira. Lo estás haciendo ahora mismo. Tú solita. Niña grande.

Jessa sonrió. La expresión verbal de su autonomía fue suficiente para hacerle olvidar que las manos de Nana Louise no dejaban de sujetar el vaso.

—Niña grande —repitió.

Nana Louise inclinó el vaso y la pequeña bebió con avidez. Observé con aprobación cómo la pulpa goteaba por su barbilla. El zumo de naranja era casero. El tutorial estaría *online* esa misma semana.

—¡Buenos días! —dije a la sala.

Cinco cabezas se giraron hacia mí. Me respondieron en coro.

—Buenos días, mami.

Me abrí paso alrededor de la mesa, besando cada mejilla perfecta, acariciando cada cabeza perfecta. Todos mis hijos, incluso los varones, llevaban el pelo largo. Las niñas se parecían a mí: pecosas, caras finas, pelo marrón oscuro como la tierra, expresiones propensas a una seriedad penetrante. Si nos pillabas a alguna en un momento de puchero, no te culparíamos por pensar en un mártir del siglo XVI en huelga

de hambre. En cuanto a los chicos, se parecían a Caleb: mejillas sonrosadas, grandes sonrisas dentadas. Cuando caminaban todos en grupo (y a menudo lo hacían; los chicos adoraban a Caleb), me hacían pensar en un trío de políticos en procesión, recorriendo el país en busca de bebés a los que besar.

Rara vez prestaba atención a las diferencias entre mis hijos e hijas. Tanto ellos como ellas hablaban y reían de forma parecida. Su ropa era un arcoíris de colores neutros. El mismo montón de verdes oliva, tostados y ocre había ido descendiendo por nuestro creciente árbol genealógico durante más de una década.

«Es increíble lo que puede durar un buen algodón».

Me acerqué a mis dos hijos, Stetson y Samuel. Stetson tenía ocho años, uno menos que Samuel, pero desde el verano pasado los dos tenían la misma altura y el mismo peso. Con el pelo hasta los hombros y la forma en que parecían hacerlo todo al unísono —correr, jugar, hacer las tareas domésticas, llevarse la comida a la boca—, me recordaban a un par de ponis de doma.

Apoyé una mano en cada cabeza mientras comían los cereales con afán infantil y sentí cómo sus cráneos se movían bajo mis palmas como palancas de *bulldozer* poseídas.

—¿Qué haremos hoy, chicos?

—Necesitamos construir un nuevo recinto para Zazafraz —dijo Stetson, con la boca llena.

—Mmm —contesté—. Muy importante. A papá le encantará que lo ayudéis.

—Papá dijo que podía usar la pistola de clavos.

Samuel empujó a Stetson, con lo que tiró la cuchara llena de cereales de su mano y la hizo caer al suelo.

—Me toca *a mí* usar la pistola de clavos.

—*Los dos* usaréis la pistola de clavos —dije—. ¿Nana Louise?

Ella asintió, limpió el jugo pulposo de las mejillas y la barbilla de Jessa, y luego se levantó para recoger el desorden.

La gente se negaba a creer que mis bebés fueran tan responsables como parecían *online*. ¡¡¡¡Es imposible que esta sea su vida real!!!!, escribían las Mujeres Enfadadas. (Así es como Caleb y yo las llamábamos, las Mujeres Enfadadas). A lo que yo respondía: nada, por supuesto. La principal tarea de una madre es proteger a sus hijos del mundo. No había ninguna necesidad de que alguna bruja odiosa de Manhattan viera cómo Samuel se ponía agresivo con su hermano (e incluso con sus hermanas, a veces), ninguna necesidad de que presenciara la rabieta diaria de Stetson por la aritmética (yo quería a ese chico, pero no había sido dotado con una dosis estándar de cerebro). Si las Mujeres Enfadadas se enteraran de alguno de los defectos de mis hijos, se volverían locas de sed de sangre. También se quedarían devastadas. Ellas no se daban cuenta, por supuesto, pero me necesitaban tanto como yo a ellas. Era una relación simbiótica. Yo era un tiburón, y ellas eran cinco millones de pececillos que mordisqueaban los nutrientes a lo largo de mi vientre.

Pobres idiotas. Estaban desesperadas por comerme. No tenían ni idea de que era yo quien las mantenía con vida.

—*¿Qué se siente al saber que millones de personas de todo el mundo conocen detalles íntimos de sus hijos?*

—*Solo muestro momentos muy seleccionados de la vida de mis hijos. Y, además, ninguno de ellos tiene acceso a pantallas. Por cierto, ¿has visto los estudios? De los efectos de las pantallas en el cerebro de los niños. En mi opinión, mis hijos están mucho mejor en esta casa, donde de vez en cuando aparecen en vídeos para mi cuenta, que en otro lugar, en el que estarían toda la noche mirando un iPad. De verdad. —Se oye un cacareo incomprensible—. Es una epidemia. Muy triste. Deberían investigarlo.*

—Te has levantado temprano —le comenté a la productora Shannon mientras me servía el café.

—No podía dormir —dijo.

Fruncía el ceño ante la pantalla de la cámara, girándola hacia un lado y luego hacia el otro, con una expresión malhumorada en el rostro. Cuando Shannon llegó por primera vez a la granja, tenía diecinueve años, había abandonado los estudios en la Universidad de Barnard, tenía el pelo rosa, un aro en la nariz y estaba dispuesta a hacer trabajos muy profesionales a precio de estudiante. Ahora tenía veintiuno. Seguía llevando el aro en la nariz, pero había abandonado el pelo rosa en favor de su castaño natural. No estaba segura de si eso indicaba un cambio de identidad personal o más bien una aceptación práctica de la realidad de vivir a una hora de distancia de la ciudad más próxima. No había muchas opciones en cuanto a peluqueras calificadas cerca de una granja de doscientas hectáreas.

Hice una pausa y le dije con delicadeza:

—¿Has tenido esos sueños otra vez?

Me miró.

—¿Quién te ha hablado de eso?

En esos sueños, Shannon estaba de pie en la ladera cercana, viendo cómo la granja ardía hasta los cimientos. La casa, el gallinero, los jardines: todo en llamas. Bolas de fuego del tamaño de un coche caían del cielo violeta. Cuando el fuego se extendía por los campos, ella corría —o intentaba correr— mientras el granero se derrumbaba y los animales gritaban entre los escombros. A veces nos veía a lo lejos, saludándola con la mano. Le decíamos algo. Y otras veces, cuando el sueño duraba más, veía rayos de luz que descendían del cielo, nos iluminaban a mis hijos, a Caleb y a mí, y nos salvaban a todos menos a ella.